

¿Es posible un partido político de los jubilados?

Max Ebstein*

LOS días 3, 4 y 5 de febrero de 1998 se celebró en Madrid el *I Congreso Estatal de Personas Mayores: Las personas mayores ante el siglo XXI: hacia una mayor calidad de vida*, organizado por el Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales y el Consejo Estatal de las Personas Mayores. Se inscribieron 1.055 personas, designadas 551 por las autonomías y 499 por otros organismos relacionados con el mundo de los mayores. Cinco fueron los invitados extranjeros, entre ellos el jefe de la Oficina de Programas de Envejecimiento de las Naciones Unidas, Alexander Sidorenko.

Los debates se centraron en cinco temas: 1) La protección económica a los mayores ante las nuevas demandas; 2) Participación social de las personas mayores. Necesidades y retos de futuro; 3) El tratamiento fiscal a las personas mayores y a las familias cuidadoras; 4) Protección jurídica de las personas mayores, y 5) Aspectos socio-sanitarios de la atención a las personas mayores dependientes. Necesidades, respuestas, retos de futuro.

* Miembro de «Seniors» expertos para la cooperación técnica (SECOT). Madrid.

Los organizadores, los coordinadores, y algunos participantes trataron por todos los medios –y en parte lo consiguieron– pasar de un clima sistemáticamente reivindicativo a uno participativo, que, de forma constructiva, discutiese problemas de presente y futuro. Pero en el ambiente está muy arraigada la reivindicación permanente. Un ejemplo se pudo apreciar en las opiniones que recogió, entre los asistentes, un equipo de Antena 3 Televisión, y que emitió Tico Medina, en la mañana del jueves, día 4: «somos 6 millones de personas; ahora no nos hacen caso; pero somos seis millones de votantes; ya nos oirán algún día».

Esta «ira» colectiva invita a preguntarse: ¿cabe pensar que los más de seis millones de jubilados puedan formar y tener mayor influencia creando un partido político? Para tratar de dar una respuesta se ofrecen a continuación algunos datos del *panorama actual* del mundo de los mayores, con especial referencia a las *discriminaciones persistentes*, para después describir o tratar de explicar el *fuerte movimiento asociativo*, y subrayar la importancia del *nuevo rol social* que tienen los mayores. La relación de los *problemas con los que se enfrentan los mayores*, y unos datos sobre las *experiencias extranjeras* y el *cambio de actitud* hacia los mayores a nivel europeo, darán paso a tratar sobre la posibilidad y viabilidad de un partido político de mayores. Por último se presentarán unas conclusiones y sugerencias.

Conviene anticipar aquí una conclusión y clave: «los mayores deben ser conscientes de que nadie mejor que ellos defenderán sus justos y legítimos intereses. De ello debe nacer la voluntad indelegable e indolegable de constituir organizaciones fuertes, solidarias, democráticas, dinámicas e independientes».

Panorama actual

HASTA hace poco, con una expectativa de vida menor y unas condiciones físicas deterioradas, la persona, al llegar a la edad de jubilación estaba para «sopitas y buen vino». El entorno familiar acogía a los mayores; las Residencias para la Tercera Edad eran prácticamente inexistentes. En pocos años el panorama ha cambiado por completo. La mayoría de las personas que hoy alcanzan esta etapa de la vida, lo hacen con la plena disposición y la voluntad de desarrollar una vida activa y participativa en la sociedad. Estas personas, además, como se deduce del trabajo de CIRES-1995, opinan que cada vez se tienen menos en cuenta sus opiniones, o, como dice el informe CIRES-1995, «se consideran habitualmente

indefensos frente al Estado y a otras organizaciones formales». Entre dos tercios y tres cuartas partes del colectivo de mayores creen no poder enfrentarse legalmente con facilidad a los abusos económicos, físicos, de trato, que puedan cometer con ellos los vendedores, los funcionarios, los profesionales o las empresas.

Además, su número es significativo: en 1950, apenas 2 millones, el 7,17 por 100 del total de 27,9 millones de españoles, tenían más de 65 años. En 1960, los mayores ya representaban el 8,2 por 100 de la población. En 1991 eran el 13,74 por 100. Actualmente de 39,5 millones, más de 6 millones (el 15,3%) son mayores. A efectos del tema que hoy nos ocupa, hay que señalar que los mayores representan el 22,15 por 100 del electorado.

La importancia económica de una parte de este colectivo lo subraya otro dato: el 39,9 por 100 de los mayores, que viven en ciudades, tienen ingresos superiores a las 75.000 pta mensuales y casa propia en un elevado porcentaje. Casi ocultos hasta hace años, los mayores serán en el futuro un sector económico de primera. Determinadas empresas multinacionales empiezan ya a entrar con decisión en este sector.

El Consejo de la Unión Europea, en la declaración aprobada con motivo de la clausura del Año Europeo, reconocía la plena ciudadanía de las personas de edad avanzada en cuanto a libertades e igualdad de los derechos y deberes en todos los ámbitos de la vida social. Aunque cada día son más las personas mayores que dedican parte de su tiempo a realizar actividades que contribuyen a encontrar soluciones para satisfacer las necesidades que tiene planteada la comunidad en la que viven, los problemas que tienen son tantos y su horizonte de vida útil está tan limitado, por el mismo devenir de los años, que las autoridades «les toleran» y les invitan a que se hagan oír, pero las posibles soluciones se toman en ámbitos y marcos en los que su voz no se oye, excepto el día de una elección.

Las exigencias se dirigen especialmente a las discriminaciones persistentes. Existen pensiones en la frontera de la marginación: el importe de la pensión media es de 67.000 pesetas mensuales. El fuerte tirón hacia la marginación lo da el estar incluido, en la denominación de «mayores», un colectivo muy importante de viudas e incapacitados, donde la discriminación existente es aún más flagrante: la pensión media de viudedad es de 47.700 pesetas. Sólo este dato debería ser suficiente para dar lugar a un cierre de filas de todo el colectivo, pues además, al ser mayor la expectativa de vida de las mujeres que la de los hombres, el número de viudas crece geoméricamente. Hoy en día el colectivo de mayores está formado por casi un 70 por 100 de mujeres.

Las persistentes discriminaciones y la problemática global de los mayores están empezando a poner en marcha de forma acelerada un fuerte movimiento asociativo. El proceso empezó con lentitud, pues ya en 1983, Manuel Justel, en su obra *Los viejos y la política* advirtió que «en las sociedades industriales y democráticas la vía política hacia esa nueva sociedad no tiene otro cauce que el de la participación: cuando el protagonismo pase a los ciudadanos en cualquiera de las etapas de su ciclo vital, sin supeditación determinística a la "lógica de la producción", se estará haciendo posible la sociedad de todos».

Es cierto que la población española presta menos atención (generalmente inferior a la media) a las informaciones políticas de la prensa y de intercambio de opiniones políticas (discusión) que poblaciones de otros países como Austria, Gran Bretaña, Holanda, Alemania o Estados Unidos, lo que ha frenado la evolución del movimiento asociativo. La proporción de participantes españoles en otras actividades como la política local, proselitismo partidario o participación en campañas o mítines, sigue siendo inferior, en general, a la que presentan los ciudadanos de otras democracias. Esta realidad conviene tenerla en cuenta al tratar, más adelante, la viabilidad de un partido político.

En los últimos años, entre los mayores, el movimiento asociativo, que, como se ha dicho, registra un fuerte impulso, se concreta, por ejemplo, en que solamente en Madrid tienen su sede social 17 asociaciones de defensa de intereses generales y 34 de defensa de intereses específicos de los mayores. Todo esto ha sido reconocido por las autoridades y tratado de encarrilar a través del Consejo Estatal de las Personas Mayores, creado por Real Decreto 2171/1941 de 19 de junio de 1995: Un órgano de asesoramiento e información permanente que trata «de institucionalizar la colaboración y participación del movimiento asociativo de las personas mayores en la definición, aplicación y seguimiento de las políticas de atención, inserción social y calidad de vida dirigidas a este sector de población, en el campo de competencias atribuidas a la Administración General del Estado».

Pero los mayores no están muy seguros de que a través de este foro consigan algo. Por una serie de razones (desconfianza, protagonismo de algunos, etc.), últimamente se alzan más voces pidiendo utilizar otras vías más expeditivas. Los mayores, en el citado I Congreso Estatal, pedían una y otra vez que se «les dé cancha» al tratar sus temas y problemas, pues dudan del interés y sensibilidad de los políticos a los problemas de los mayores, salvo en momentos electorales.

Actualmente los políticos están trabajando en un proyecto de «Ley de Protección al Mayor Dependiente». Se parte de la base de que el incremento de la expectativa de vida y de la capacidad adquisitiva y de ahorro de los mayores generan significativamente otra gama de problemas nuevos relacionados con el consumo, las ofertas de productos de entidades financieras o los posibles abusos familiares o de instituciones. Pero entre los juristas hay división de opiniones. Unos creen que la legislación actual ya protege al mayor como ciudadano; otros, que no. Estamos ante un ejemplo típico de que quien tiene algo que decir, el mayor, está al margen. Habitualmente no participa activamente en los foros donde se tratan sus problemas.

Nuevo papel social

PERO en el panorama actual hay que destacar, sobre todo, el cambio en el papel social del mayor en una sociedad que aumenta rápidamente su proporción de población pasiva, mientras reduce su población activa: muchos más «mayores», que ahora hace 10 años, siguen considerando la vida como un desafío activo, encuentran sentido y realización en el trabajo, en el ocio, en el cuidado de otros, en el rol de abuelo, en la compañía y en el amor. Está cambiando el estereotipo de que el mayor de 65 años carece de salud, tiene discapacidades físicas, problemas de memoria, no sabe resolver sus problemas, es poco activo, rígido e inflexible, con defectos acusados, cascarrabias. Según Teresa Bajo («La ancianidad del futuro»), los cambios habidos en las generaciones de adultos y jóvenes, sobre todo en educación, renta, estructura ocupacional, estilo de vida y calidad de vida se traducen en modelos de vejez diferente: «La etapa de vejez, como la sociedad, son realidades cambiantes».

Se da una amplia coincidencia entre los analistas, a la hora de prever para el siglo XXI cambios en la dirección de dotar de nuevos cometidos (relevantes socialmente) a las personas que traspasan la edad de jubilación. Se apunta que, para ello es necesario asignar «responsabilidades, estatus y prestigio social, si no laboral». Se insiste especialmente, en una doble solución propuesta por los países que antes se han encontrado con el envejecimiento de sus estructuras demográficas: de un lado «desmitificar la importancia del trabajo durante la vida activa», y, de otro, «dignificar socialmente el descanso de los jubilados» sustituyendo el concepto de ociosidad pasiva por la ocupación de un tiempo libre de manera constructiva para el individuo y la sociedad.

Problemas con los que se enfrentan los mayores

NO es éste el momento, ni lugar, para analizar todos los graves problemas con los que se enfrentan los mayores, pero sí es importante para el tema que nos ocupa tener presente una mera enumeración. Se trata de subrayar que son muchos e importantes, pero giran todos alrededor de un mismo eje: el bienestar individual de un colectivo importante y muy definido.

Al estudiar esta lista se comprende que, en primera línea, las prioridades de los mayores son reivindicativas: falta de apoyo social; necesidades de formación; asesoría jurídica; servicios médicos y teleasistencia; servicios a domicilio, entregas a domicilio; acompañamiento, residencias y centros de día; realización de gestiones administrativas; limpieza, cocina; ocio, turismo y viajes; deporte y cultura.

Cabría decir, en síntesis, a) los mayores tienen problemas de carencia de instalaciones, servicios y actividades organizadas para llenar su tiempo libre, b) se pueden hacer cosas para mejorar su calidad de vida o proporcionarles la asistencia especial que necesitan: En muchos casos las carencias son alarmantes.

Otro problema es la desigualdad educativa. Si información es poder, educación es capacidad de maniobra, de anticipación, de interrelación. Justo es reconocer que mucho se ha avanzado en la educación general de la población, pero también lo es que, comparativamente hablando, el promedio general es inferior al de otros países donde los problemas de los mayores ya hace tiempo que han hecho su aparición, donde el movimiento asociativo tiene mucha más fuerza y donde la voz de los mayores se oye con más fuerza.

Ante estos problemas hay dos actitudes posibles: «que me los solucionen Papá Estado» o «que los solucionemos nosotros». Hasta ahora, al amparo del Estado de Bienestar, la tendencia general ha sido que los mayores han exigido soluciones al Estado. Desde hace unos años, a medida que la situación económica de los distintos países no ha permitido ampliar el Estado de Bienestar, se ha incrementado, en muchos países de Europa, la conciencia de fortaleza del grupo y la necesidad de dar soluciones, individual o colectivamente, por los propios interesados.

Lo que aún no ha cristalizado totalmente es la forma de dar expresión a esta mayor conciencia. Efectivamente, se ha incrementado el asociacionismo, pero no, sobre todo en España, la participación activa en dar solución, por sí

mismos, a sus problemas. Factores como previsión, solidaridad y decisión deberían adquirir, también, mayor prominencia. Esta situación más firme y decidida de un colectivo mayor cabe encauzarlo por una mayor presencia en el proceso de toma de decisión, directa o indirectamente. Directamente a través de una presencia personal y activa en la política; indirectamente, formando parte de grupos de presión (partido) de los mayores.

Las experiencias extranjeras

EN otros países europeos, tras producirse el acelerado crecimiento del colectivo de mayores, se planteó la misma cuestión que estamos examinando: ¿es posible un partido político de los jubilados? La respuesta es mixta. *SÍ* es posible; *NO* es viable. Es posible, pues existe el número, el interés, la voluntad, el deseo, el primer impulso. No es viable, pues lo que fundamentalmente aglutina al colectivo es su carácter reivindicativo. Pero esto no es suficiente, como demuestra la experiencia en otros países, para mantener permanentemente la tensión y gestión necesaria para irradiar una idea política global.

El colectivo de mayores, como se ha enumerado, tiene unos problemas importantes, cuya solución es primordial para ellos. Los otros problemas son más bien periféricos. No hay duda que a los mayores, por ejemplo, les preocupa el problema del desarrollo automático, pero «el tiempo» (a largo plazo), algo indispensable para este tipo de planteamientos globales, es un bien escaso en el bagaje de los mayores.

Lo sucedido en otros países confirma que el arranque y el potencial inicial son impresionantes, pero el tema no cristaliza; a medio plazo el partido se difumina. Un dato: en España, en este momento, figuran en distintas relaciones, más/menos oficiales, *nueve* partidos políticos. De éstos sólo *cuatro* figuran inscritos en el Registro del Ministerio del Interior. Sobre su actividad pública, la información es bien escasa.

Cuando se habla de este tema las miradas se vuelven a Alemania donde, ya en 1975, se forma el partido de las Panteras Grises. Es significativo que a pesar de todos los esfuerzos, el envejecimiento de la población, el importante colectivo de mayores, las Panteras Grises, aunque han tenido éxitos parciales, nunca se han sentado en el Parlamento alemán, con la única excepción del período 1986-1990 en que fue diputada la presidenta del partido, Trude Unruh, pero no por elección directa, sino por elección indirecta y como independiente.

Otro país pionero fue Holanda. Allí los mayores han tenido éxito en cuanto a representación parlamentaria, pero en ello se ve claramente la dicotomía entre potencial y realidad: En las elecciones de 1995 el 1 por 100 del grupo de edad entre 18 y 29 años votó por candidatos mayores; del grupo entre 50 y 64 les votaron el 9 por 100; pero solamente el 17 por 100 de los mayores de 65 años votó a sus propios candidatos. Ciertamente obtuvieron en total 6 representantes y un 5,2 por 100 total de votos, pero la población mayor en Holanda ya se acerca también al 25 por 100 del total. En 1989 ya existían dos partidos de mayores, que participaron sin éxito en las elecciones al Parlamento. Después fueron disueltos. Hoy en día existen tres partidos: *Ouderen Unie 55+*, fundado en septiembre 1992, que tiene un representante (0,9% de los votos); *Algemeen Ouderen Verbond (AOV)* que tiene 2 diputados; y *Senioren 2000*, que se formó en 1995, tras una disputa con AOV, y que tiene 3 diputados. El año pasado, *Unie 55+* negoció con los otros dos partidos, para presentar un partido único de los mayores a las elecciones de 1998. Estos partidos tienen también 33 diputados a nivel provincial de un total de 756, es decir, un 4,73 por 100 del total.

En Bélgica, en las elecciones al Parlamento, en mayo de 1995, participó por primera vez un partido de mayores. El WOW (*Waarding Ouder Worden*) siglas que traducidas significan «Envejece con Dignidad». Obtuvieron el 0,8 por 100 del total de votos emitidos y ningún puesto en el Parlamento. En los análisis posteriores, publicados en Bélgica, se formulan conclusiones que encajan perfectamente en la actual realidad española: «los mayores tienen dos cosas en común –son mayores y no participan, en general, activamente en el comercio o la industria–; pero su formación, educación, entorno y estatus en la sociedad les hace seguir siendo leales al partido al que han votado durante su vida activa o a aquel que ahora promete defender mejor sus intereses».

En Austria, país en el que el porcentaje de mayores de 60 años ya sobrepasa la cuarta parte de la población total (7.5 millones), la realidad es aún más dura. En julio de 1989 fue fundado el partido de las Panteras Grises de Austria («Die grauen Panther Österreichs»). Siguiendo el modelo alemán, la adhesión inicial fue grande, se presentaron a todas las elecciones entre 1989 a 1992, sin alcanzar los resultados que esperaban. Ello dio lugar a disensiones internas. En las últimas elecciones, al Parlamento Europeo, octubre 1996, no pudieron presentarse por falta de recursos financieros, pues sólo los partidos representados reciben subsidios estatales para este fin.

Importante cambio de actitud

ANTES de entrar en el análisis final de la viabilidad de un partido político de mayores, hay que dejar constancia del profundo cambio de actitud que está teniendo lugar respecto a ese nuevo papel, a ese deseo de los mayores de participar más, mencionado antes y que por ahora aún no tiene eco pleno a nivel de la sociedad y autoridades. Malamente se les tolera. ¿Habrá un cambio de actitud tras este I Congreso Estatal de las Personas Mayores?

En enero de 1996, se celebró en Bonn, bajo los auspicios del Ministerio alemán de Familia, Mayores, Mujeres y Jóvenes, de Eurolink Age y del Instituto de Gerontología de la Universidad de Dortmund, una reunión de expertos europeos, para estudiar el tema «Participación política y representación de los Mayores en Europa». Nada mejor que traer aquí las palabras de la ministra Claudia Nolte, al cursar, en su día, la invitación a expertos de todos los países de la Unión Europea, Estados Unidos y Canadá: «Los gobiernos y la sociedad están llamados a estimular a los mayores a ser portavoces de sí mismos y a crear el necesario marco para que los mayores participen. Al expresar su deseo de estar más activamente presentes en la política y en la sociedad, los mayores están extendiéndonos a todos una oferta que nosotros no debemos ni podemos dejar de aceptar».

En este cambio de actitud, también se aprecia una evolución que puede dar la clave de la respuesta a la pregunta: ¿es posible un partido político de mayores? Cuando se plantea esta pregunta se piensa inmediatamente en «un hombre, un voto», y, como el colectivo es importante, debería ser capaz de elegir a sus candidatos. Pero el tema es más complejo.

¿Es posible un partido político de mayores?

¿QUÉ se requiere para fundar un partido político? Casi nada. Basta que tres personas figuren al frente de un partido, se inscriba como tal y presenten su estatuto. Que el tema no ofrece dificultad lo prueba el dato de que hay partidos de mayores establecidos legalmente y que se podrían presentar a las próximas elecciones. Hasta tal punto es fácil que hay ejemplos de picaresca, en cuanto a presentarse a unas elecciones solamente para conseguir censos, etc. El tema ha llegado a tales extremos que la ley que rige las elecciones al Parlamento Europeo es más dura.

Exige o bien 15.000 firmas de apoyo y concurrir como una agrupación de electores, o si el partido existe y está inscrito, es imprescindible la firma o aval de 50 cargos públicos en activo. Por tanto, primera conclusión, un partido político de mayores es posible desde el punto de vista legal.

Los mayores cuentan con varios puntos fuertes: su número es importante y creciente (si todos votasen a los candidatos de ese partido de mayores); habitualmente, a pesar de edad, achaques y enfermedades, participan en mayor proporción en las elecciones que los votantes de otros grupos de edad. Segunda conclusión, un partido político de mayores tiene, en hipótesis, una cantidad más que suficiente de votos potenciales para formar en el Congreso o en los parlamentos autonómicos una minoría cualificada. Recuérdese que seis millones de votos es mucho más que el tercer partido más votado en las últimas elecciones generales.

Los mayores, a pesar de lo que se diga, también son capaces de poner encima de la mesa un atractivo programa electoral. Lógicamente su contenido se decantaría por políticas sectoriales para solucionar los problemas de su colectivo, pero si se hiciera con generosidad, amplitud de miras o globalidad, podría contener una serie de cambios que a todos vendrían bien y suscribirían, pero en campos muy concretos, como es la discriminación laboral, desarrollo urbano, áreas de servicios locales, tratamiento de residuos, transportes públicos, etc.

Para que este partido se ponga en marcha se requieren unos líderes que conciten adhesión popular, capaces de crear una infraestructura. Para crear ésta se necesita muchísimo dinero, mucha gente con ideales, ambición, entrega, espíritu de sacrificio, voluntad. ¿Cuánto tiempo le ha costado al Partido Popular tener un líder y cuántos líderes han caído en el camino? ¿Qué ha pasado con algunos partidos regionales en Andalucía, Aragón o Valencia? ¿Cuántos problemas están teniendo los partidos con su financiación?

¿Es viable un partido político de mayores?

ESTO último nos lleva a lo afirmado al principio de esta exposición: es posible, pero no es viable. Al margen de la poderosa razón anterior, el actual sistema electoral discrimina. En el país hay un clamor general pidiendo un cambio de las leyes electorales, pero hasta ahora ningún gobierno ha querido ponerlo en marcha, a pesar de contar algunos con mayoría absoluta para hacerlo. Ni siquiera lo ha intentado

negociar para realizarlo por consenso. Sin embargo, el realismo obliga a reconocer que, en el caso de los mayores, ni aun en un sistema abierto la gente responde. Hay pruebas de ello en otros países. Por ejemplo, en el Parlamento alemán, sólo el 10,8 por 100 de los miembros tienen más de 60 años, cuando el número de votantes de ese grupo de personas es muy superior.

Conviene también subrayar la importancia del dominio de los medios de comunicación en los actuales escenarios políticos. Por un lado el líder tiene que «dar bien» en el público; todos los candidatos están permanentemente expuestos a la constante presión del «ojo indiscreto televisivo»; en la preparación de actos electorales, muchas decisiones se toman sólo en función del impacto en los medios; la instantaneidad de éstos es un arma poderosísima a favor o en contra. Por otro lado, en ese mundo y esa técnica se necesitan grandes y numerosos profesionales que tienen que contratarse, pagarse y luego tienen que identificarse con los objetivos de los contratantes. Muchas veces éstos se tienen que convertir en servidores de las decisiones de los que «hacen la imagen». ¿Son los mayores capaces de todo esto?

Otro factor de peso, negativo, es que la desigualdad educativa, tiene su reflejo en una desigual actividad política. Estudios realizados en este campo demuestran que, actualmente en España, sólo el 2 por 100 de los mayores es activo en el proselitismo del voto; el 3 por 100 es activo en la política local; el 2 por 100 asiste a mítines; el 1 por 100 participa en manifestaciones y el 1 por 100 hace labores de ayuda en la «maquinaria» de un partido. Sin el apoyo, dedicación y entrega de sus partidarios, no hay partido político viable.

Otra razón que hace inviable el proyecto de un partido político de mayores es la realidad cada vez más acrecentada de que el mayor es por naturaleza conservador. Está demostrado que el descrédito de los partidos políticos o los sindicatos es creciente y que su credibilidad está bajo mínimos. Por tanto cabe esperar que ante un «tocar la trompeta»; «tocar a rebato», a lo mejor, en un primer momento, hay una respuesta positiva. A la larga, sin embargo, se impondría el sentido conservador o las luchas internas no se superarían. Ejemplos: Austria, Holanda, etc. En estos países tienen una cierta ventaja sobre nosotros en tradición y educación política. Lo que allí ha pasado se puede reproducir centuplicado aquí, dada nuestra especial idiosincrasia. Existe además, muchas veces, en los movimientos políticos y asociativos de los mayores un afán de protagonismo, búsqueda de canongías vitalicias. Esto se puede corregir con una limitación estatutaria de los períodos de ejercicio de cualquier responsabilidad o cargo.

Por último, subrayar una vez más el cambio que se está produciendo en la consideración del significado del mayor, como un todo: tiene un papel muy importante por experiencia, dispone de un don, a corto plazo, tan precioso como es el «tiempo», tiene prioridades distintas y menos agobiantes que grupos de edad menor, pero también tiene dos graves limitaciones: a) su disponibilidad es limitada por razones naturales de edad, y b) también, desgraciadamente, por razones súbitas de enfermedad. Las personas y los recursos son necesarios de forma continuada y permanente y son los pilares de un partido político. Para esto en el colectivo de mayores hay una fuerte limitación.

Conclusión

LA finalidad última de un partido político es transformar o materializar una determinada ideología en formas de ser y hacer concretas. Esta ideología o visión global es más amplia que únicamente la solución de los problemas concretos de los mayores. Además, muchas veces las legítimas aspiraciones de los mayores están en colisión con la realidad presente, que no permite atender éstas, pero que exigen decisiones a largo plazo que palíen el problema a futuras generaciones. La gran responsabilidad del político y la gran dificultad es establecer prioridades pensando en el bien común.

Esta consideración lleva a plantear que es más importante para los mayores la participación política en todo el tejido social y a todos los niveles que disponer de un partido político para estos fines. Como ha dicho el doctor Gerhard Naegele, del Instituto de Gerontología de la Universidad de Dortmund, «la conceptualización de la participación política y la representación de los intereses de los mayores, que hasta ahora se trataba de encuadrar en los sistemas políticos convencionales, parece demasiado estrecha. Hay que introducir un concepto de mucha mayor significación política como es el de “participación global en el área social”». Con ello se pretende decir que, dado su creciente número y experiencia, los mayores deberían participar activamente en crear el tejido social y económico de todas las áreas de la sociedad mediante una amplia participación de éstas.

De ahí la conclusión, adelantada al inicio de estas notas: «los mayores deben ser conscientes de que nadie mejor que ellos defenderán sus justos y legítimos intereses. De ahí debe nacer la voluntad indelegable e indoblegable de constituir organizaciones fuertes, solidarias, democráticas, dinámicas e independientes». Esta voluntad indelegable e indoblegable les debe llevar

a ejercer conscientemente sus capacidades y cuidar mucho a quién dan su apoyo. La «Declaración de Viena», adoptada en el Congreso de septiembre de 1996 por la Unión Europea de Mayores, apunta en una dirección muy clara: participar activamente. «La riqueza en experiencia y conocimientos es demasiado valiosa para que al llegar a una determinada edad ya no se aproveche para el bien común. Por eso, deben mejorarse las posibilidades de colaboración activa de los mayores en todos los ámbitos de la sociedad.

Un presidente americano ha dicho: «El Gobierno, o la actuación del Gobierno, no es la solución a los problemas; es el trabajo y cooperación de cada uno lo que lleva a soluciones; el Gobierno, presionado por sus electores, es el que pone el marco para ello».